

ALACENA
BOLSILLO



Ernesto Lumbreras



Vals para lobos y pastor

Ernesto Lumbreras



Vals para lobos y pastor



Ediciones Era

Este libro obtuvo el Premio Internacional de Novela Breve Rosario Castellanos 2022 que convoca el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del Gobierno de Chiapas y el H. Ayuntamiento Municipal de Comitán de Domínguez.

Primera edición: 2024

ISBN: 978-607-445-662-2

DR © 2024, Ediciones Era, S.A. de C.V.

Mérida 4, colonia Roma, 06700 Ciudad de México

Diseño de portada: Germán Montalvo

Diseño de interiores: Jacqueline Roldán

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

Índice

De la glotonería anglicana y de mi adiós a Gales	13
Un paréntesis de Dios en altamar	19
Un Misisipi, dos mexicanos, tres Misisipi, cuatro mezcalitos...	29
De los festejos del huracán y del insomnio de las marionetas	37
<i>Bye, bye, Nueva Orleans / Welcome, California</i>	48
De campamento con el rey Midas	65
De copas con el rey Salomón y de conquistas con don Juan Tenorio	84
Hospital de hadas para un gambusino	94
Confesor de ahorcados	110
Borrachos y campanas de San Blas	131
Vals para lobos y pastor	142
Noticia histórica con desvaríos	179

Para Andrea Lumbreras Elvridge-Thomas
y Leticia Lumbreras Bautista, alfa de Gales y
omega de Jalisco en los hilos de esta fábula.

*Reza bien quien bien quiere
al hombre, al pájaro y a la bestia.*

S. T. Coleridge, “Balada
del viejo marinero”

De la glotonería anglicana y de mi adiós a Gales

1

Derrotado en el Atlántico por una tormenta filibustera, mi padre desapareció de nuestras vidas, huelga decir con humor de velorio, intempestivamente. El buen hombre transportaba cobre de los minerales de Cuba, tres o hasta cuatro viajes al año, cuyo destino final eran los talleres de Hafod donde se fabricaban las tuberías y los grifos de toda Inglaterra. Para colmo de males, el navío a vapor de tres mástiles, ataúd del capitán y su tripulación, constituía nuestro único patrimonio. La cólera del mar no soportó aquel día siniestro las canciones cursis o pícaras de los marineros. ¡El mar, el mar, cadalso inmisericorde o puente movedizo de nuestro futuro inmediato! El mar que está siempre recomenzando con sus bodas de espuma y sus funerales de tinta de calamar.

Para hacerse de tal embarcación mi padre había hipotecado la casa, la granja y los acres de pastoreo que su familia heredó por varias generaciones. Confirmado su naufragio con el hallazgo de restos de la nave en una isla portuguesa, los acreedores hicieron su aparición triunfal: carroñeros atracándose con el manjar de una oveja arrastrada por la corriente de un río indómito.

Esos adoradores de Midas recobraron el crédito y los intereses llevándose prácticamente todo, hasta la cucharilla de plata con la que me alimentaron mis mayores durante los primeros años. Pero su voracidad pretendía llevarse a la bolsa otros bienes y otras prendas más íntimas. Ante tal encrucijada nuestra única escapatoria fue volver al mar del llorado naufragio. América, la tierra fértil y hospitalaria de una Nueva Jerusalén se vislum-

braba como el añorado refugio frente a las hordas de vileza e infortunio. Mis recuerdos de *daddy* Thomas los cubre una niebla aterciopelada y plomiza que torna al sol en un pabilo en permanente zozobra; cuando pienso en él lo imagino aferrado a la estrella del timón mientras su barco se hunde entre la marejada y el estruendo –cumpliéndose la voluntad de un hado– rumbo a la oscuridad del lecho marino.

2

Nuestra condición, a todas luces frágil y desolada –una viuda de boca de cereza y un huérfano bobalicón y soñador–, nos dejaba a la deriva y a los antojos de muchos vivales de buena y mala fama. Corría el año de 1852, un año de hambruna y persecución religiosa, especialmente en mi pueblo natal, Swansea, Gales. Allí me asomé al mundo por primera vez entre abúlico y escéptico, la madrugada de dientes afilados del 19 de octubre de 1847, bautizado una semana después con el nombre de John Luther Stephens Thomas. Ante los disturbios sociales, algunos sabiondos de la corte de la reina Victoria aconsejaron, como medida eficaz contra el hambre, que los miserables campesinos y mineros de la región cocinaran a sus hijos con dos o tres ramitas de perejil. Alegaron que tal política tuvo un éxito absoluto un siglo antes en la muy poblada Irlanda, con resultados que todavía se reflejan en el control de su tasa de natalidad, en la excelencia de su gastronomía y en la longevidad de su raza. En lo concerniente a la intolerancia religiosa, la monarca se dejó llevar por su corazón doblemente noble: ordenó que todas las mujeres católicas, tanto las solteras como las viudas, contrajeran nupcias con un anglicano sin importar que el súbdito fuera holgazán, pobre, feo o borracho.

3

A los cinco años era un niño regordete y apetecible. Pero mi madre, Fiona Stephens, de veintiún años, realmente lo era más y con mejores atributos para el ojo pecaminoso de la manada de lobos ingleses que merodeaban por nuestra comarca. Vejetes barrigones de nariz colorada y verrugosa añoraban desposar a la viudita y cocinarme –en la fiesta de bodas amenizada con las mejores gaitas– en una tarta de carne con nabos y alcachofas. Ante tales peligros de lujuria y glotonería, mi madre cedió algo de sus encantos –un guante de seda negra fue la versión oficial– a un agente de la aduana del puerto de Cardiff, amigo cercano de mi padre, a fin de conseguir dos pasajes a Nueva Orleáns en el *Royal Burns*, un barco negrero procedente del Congo, de bandera holandesa, que documentaba a las autoridades portuarias transportar losetas y tejas de Delft.

4

El plan de escape, del todo justificado por la corte de pretendientes de mi madre y la codicia de los banqueros, me provocaba aprehensiones y miedos. Me resistía a dejar los mimos de mis abuelos Stephens y las tardes de sábado tomando chocolate caliente mientras disfrutaba en una cuba de sidra a modo de tina de baño, horas y horas, juegos de espuma y navegaciones de barcos de papel. O los domingos en la granja de mis abuelos Thomas, donde se reunían todas las especies animales ante el rumor propagado por los anglicanos –reducido a broma entre los adultos de mi parentela– de un inminente diluvio. Eso terminaba y me dolía como un garfio en la garganta. Como la ficha de dominó que, en su caída funesta y calculada, arrastra a todas sus compañeras al derrumbe estrepitoso, la muerte de

mi padre desencadenaría una serie de catástrofes imposibles de contener. La única salida viable para evadir la ordenanza matrimonial, fuera con un sapo de corbata de moño o un cerdo con bombín –así se imaginaba mi madre a sus prospectos–, estaba al otro lado del Atlántico, en América, esa hija bastarda y rebelde del Imperio Británico.

También me pesaba abandonar mi columpio, atado a las ramas de un peral vigoroso en nuestro traspatio, y a mis amigos del barrio, especialmente a Manny Pattons, un muchachito tan delgado como el tallo de una espiga de trigo, tan indefenso como un diente de león frente a los carrillos inflados a reventar de Bóreas. El muy mortificado Manny confiaba en mi sacrificio ante la amenaza de la cocina caníbal. Yo podría alegar a su favor, frente a los carniceros ingleses, todos los inconvenientes y las decepciones de poner a las brasas sus huesitos, mundos de carnes y sólo cubiertos de pellejos. Me entregaría con gusto a sus cuchillos y hachas, pero con mi partida, la situación cambiaba tristemente para él. ¿Ahora quién saldría en su defensa ofreciendo, a cambio del flaquito Pattons, una pierna rolliza para cortar jugosos filetes o un costillar completo listo para rociarlo con sal y pimienta?

5

El día de la partida, en el muelle de Cardiff, todos lloramos cumpliendo con mérito el manual de las despedidas. Pero mi amigo fue más lejos en su papel. Trepado en la cabeza de un bolardo, se deshacía en lágrimas, pataletas y alaridos mientras su padre, sorprendido y angustiado, lo tomaba de la cintura ante el riesgo de que se lanzara a las aguas que golpeaban de manera violenta la quilla de la embarcación. Pocos sabíamos el porqué de su suplicio, las imágenes de terror que pasaban

por su imaginación: un cocinero de mostacho rubio abriendo su cuerpecito a canal para luego rellenarlo de castañas, higos y yerbabuena. En el barco que levantaba anclas, en el que se desprendía de la barandilla del muelle, desaparecía su única salvación. ¿Qué habrá sido de mi pequeño amigo? ¿Tardaría muchos años en perdonar mi huida? Por exagerado que parezca, los aullidos de Manny permanecieron en mis oídos tres días más, como un eco pertinaz y necio que no paraba de rebotar entre las estalactitas y las estalagmitas de una gruta habitada por miles de murciélagos.

6

Cuando sentí los primeros movimientos del barco que anunciaban la separación definitiva, no quise seguir mirando la ola de pañuelos que una multitud triste y sentimental mecía en el aire gélido de aquella mañana de adioses y salvación. Pegado a los faldones de mi madre, me di la media vuelta y no despegué los ojos de la bandera albiceleste que ondeaba en el mástil mayor y que el viento, proveniente de altamar, amenazaba hacer pedazos con sus cuchillos de hielo. También me di cuenta de que las aves marinas que acompañaron a nuestro navío las primeras millas, revoloteando a poca distancia del velamen y las jarcias, paulatinamente nos abandonaban a nuestra suerte. Cuando supuse que el caserío del puerto sería apenas unos trazos informes y grises dibujados en el verdor de las colinas, me di la vuelta y comencé a llorar y llorar, un borbotón de lágrimas contenidas que en la falda de lana gruesa de mi madre secaba una y otra vez. Ella había concluido su llanto y sólo suspiraba al contemplar aquella franja de tierra donde transcurrió su infancia y juventud, descansando quizá la vista en la cúpula de latón de la iglesia de Saint Joseph donde,

un domingo de sol, encajes de seda y mariposas, la desposó el intrépido y guapo marineró Thomas Stephens, nativo del puerto de Bristol y fallecido en el seno del océano, su único y verdadero redentor.